LOS PICAPEDREROS

YO no decía nada,
pero miraba desoladamente
hacia unos hombres
de torso ennegrecido, sudorosos,
que en mitad de la calle
picaban el asfalto. Con premura.
Me dolían
aquéllos y los otros. Los de todas las calles
(cuarenta grados de temperatura—agosto y mediodía—).

Yo no decía nada,
solamente pensaba:
volverán los otros
de un prolongado veraneo tibio.
Las calles y jardines
estarán ya intactas para sus pisadas.

Yo no decía nada.
Pero los latidos de mi corazón
eran ya
el lamento mismo
del monocorde ritmo de los picos
hincándose con rabia en el asfalto.

MARÍA ELVIRA LACACI